

Señoras y señores :

Tanto el decano que me entrega tan alto destino, como los consejeros que, en adelante se concretarán a la vida docente, pueden considerar como indubitable que seré un infatigable continuador de la obra.

Pondré todas mis fuerzas al servicio del engrandecimiento de la Facultad. Cuidaré de mantener avivado el calor de la opinión de profesores y alumnos como estímulo de renovación constante de la tarea; trataré de conservar y acrecentar el prestigio de nuestras enseñanzas y de nuestra labor científica, a fin de que los alumnos sientan un activo y renovado interés en aprender por vocación y no por deber. Cuidemos que el saber que comporta el título sea denso y auténtico, ese título que defenderé en toda forma ante los poderes públicos. Mas como tantos propósitos es menester se cumplan en la tierra y no en las nubes, procuraré que las paredes de nuestro futuro edificio se desprendan de los planos y reposen sobre cimientos reales y no de ficción. Y por último, no olvido que nuestras enseñanzas requieren la ayuda oficial y privada; en este último caso haré un experimento, fomentando la contribución de los particulares en tal forma que influyan decididamente en el progreso de nuestra cultura.

Para tan altos fines necesito la ayuda de todas las voluntades que quieran acercarse; espero que tanto la apatía como las resistencias estarán ausentes. Siempre será un huésped gratisimo entre nosotros quien aporte algo constructivo, porque entiendo ejercer con celo nunca interrumpido una labor constructiva; el que la contrarie será para todos un cuerpo muerto, un elemento despreciable. Sobre todo esto no pueden haber discrepancias.

Demostración a los doctores Alberini y Ravignani

Pocos días después de la transmisión del decanato a que aludimos en la noticia precedente, un grupo muy numeroso de amigos y colegas de los doctores Alberini y Ravignani ofreció a éstos, al primero en su calidad de decano saliente y al segundo en su carácter de decano entrante, una demostración en los salones del restaurant « La Sonámbula ». En ese acto que alcanzó a reunir lo más significativo de nuestro ambiente intelectual universitario, hicieron uso de la palabra, entre otros, el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas, el doctor José Arce, el poeta Capdevila y el

doctor León Dujovne. Ofreció la demostración el profesor de la Facultad, doctor Carmelo Bonet, a quien contestaron ambos obsequiados.

No podemos cerrar esta escueta noticia, sin antes reproducir el hermoso discurso del profesor Bonet. Ahí donde otro no hubiese descubierto más que una ocasión para infligir al auditorio las inapetecibles trivialidades de las sobremesas suntuosas, él ha sorprendido — como siempre que escribe — el momento huido de asentar palabras perdurables.

De todos los colegas y amigos de Alberini y Ravignani era yo, sin falsa modestia, el menos indicado para ofrecer esta demostración, por lo gris y desmayado de mi palabra.

Pero al asignarme esta honrosa misión, se ha invocado el sentimiento de la amistad. Y esta palabra mágica, *amistad*, ha vencido mis escrúpulos.

La amistad sin servilismo, sin interés disimulado (*do ut des*), sin *arrière-pensée*, simple lazo cordial, es el sentimiento que más reconcilia con la vida. No por nada, inspiró a Montaigne lo más cálido de su libro.

La mía con los obsequiados empezó hace muchos años. Y me es grato decirlo aunque ello implique una tácita confesión de vejez.

Un día — han corrido desde entonces 17 años, si la memoria no me falla — el azar, que gusta jugar con nuestro destino, me llevó, como a golondrina extraviada, a los umbrales de la Facultad de filosofía y letras.

Me allegué con el corazón apretado. Todo entonces me parecía hostil: la calle, los hombres y las cosas. Sufría la tragedia, tan común, del estudiante pobre, que ve su horizonte erizado de obstáculos materiales, y que a la par siente el escozor juvenil de ser alguien en la vida.

Así, triste y alicaído, me fui adentrando en la casona de la calle Viamonte. Y recuerdo que en seguida empecé a sentirme mejor. El ambiente me cautivó. Aquello me dió la sensación que ha de dar el oasis después de una jornada penosa y febricitante. Los estudiantes platicaban en los corredores y en todas las bocas florecía la sonrisa.

Timidamente, como forastero desorientado, me fui arrimando a la Secretaría en busca de informes. Y me los dió, prolijos, un muchacho delgado, de cara infantil, de palabra autoritaria: era Agustín Matienzo, Maticento, como se le decía entonces para distinguirlo de su padre que ejercía a la sazón el decanato.

A su lado, revolvía papeles otro muchacho de faz rubicunda, de cuello toru-no, de ojitos maliciosos y risa fácil y borbotante : era Emilio Ravignani.

En uno de los pasillos tropecé con un corro jubiloso de muchachos. Hacían rueda a un hombre del que no percibía sino la cabeza, una arrogante testa de espadachín italiano. Una voz varonil, de timbre puro, decía allí frases cargadas de intención y de gracia. Y sin querer, recordé un verso de Dario, pues me pareció que en aquel hombre se compendaban « el vizconde rubio de los desafíos y el abate joven de los madrigales ». Aquel hombre — lo habéis adivinado — era Coriolano Alberini.

Pasaron los días y los meses, fui tomando confianza, fui aquerenciándome y penetrando en el plácido cenáculo que era entonces la Facultad.

En las pláticas de nuestra Agora, jamás faltaba Alberini, jamás faltaba la extraordinaria pirotecnia de su verbo.

Se me ocurre — es una simple conjetura — que esta su devoción por la charla vagabunda y socrática, no agradaría mucho al doctor Porchiotti, entonces bibliotecario, que veía con harta frecuencia vacante la silla de su singular empleado. Pero a nosotros nos encantaba esta deserción continua que nos permitía saborear el manjar de su palabra traviesa y volterriana.

Su lectura ya entonces era formidable. Vivía entre libros, devorando libros, deglutiendo libros. Leía en la Facultad en sus horas de descauso y en la celda de su casita humilde — perdida en los lejanos barrios del sur — en las horas largas del recogimiento nocturno.

Era todavía estudiante y ya podía discutir, mano a mano, con los profesores de más barbas. Y a fe que no perdía la oportunidad de hacerlo. Era como hoy, valiente en sus opiniones y temible en la polémica por lo incisivo y lo certero. Su valentía no era fanfarronada sino confianza en las propias fuerzas.

Su examen general fué todo un espectáculo. No se sabía quien examinaba a quien. Acudió a él con una cultura bien sedimentada e integral, que no presentaba ningún resquicio a la pregunta indiscreta. Porque Alberini no es hombre de una sola vitrina. Su amor por la filosofía no lo apartó nunca ni de las letras ni de la ciencia. Todo lo ha recorrido su curiosidad infatigable.

Pero su cuerda, desde el principio, ha sido la filosofía. Y en este difícil terreno, fué siempre el centinela despierto que avizoraba el horizonte para captar, antes que nadie, las ideas filosóficas dominantes más allá de nuestro campanario. Fué, así, uno de los primeros, sino el primero entre nosotros, en percibir el cambio de sensibilidad que se estaba operando en el mundo y que se tradujo en una fuerte reacción antipositivista. Y ésto en una época en que todos aquí jurábamos por Comte, por Spencer, por Stuart Mill.

Cuando Ortega y Gasset vino hacia nosotros con su maleta cargada de explosivos antipositivistas, Alberini fué uno de los pocos que estaban en condiciones de acompañar al maestro de Madrid en su tarea de renovación filosófica. Y tomó tan a pecho el asunto que el antipositivismo se hizo en él segunda naturaleza. Y por eso no hay discurso donde no lo vapulee, más por hábito que por necesidad.

Y bien: un hombre tan pródigamente dotado, tenía que surgir, tenía por fuerza que alcanzar, en la carrera universitaria, las más altas posiciones. Y ello, a pesar de sus chistes, flechas enherboladas que daban siempre en el talón de Aquiles de sus víctimas. Tenía que surgir, porque este hombre, por feliz disposición de los hados, sumó a su perspicuidad mental y a su maciza cultura, otra cosa que no tienen muchos hombres cultos y agudos: una peregrina capacidad de expositur que lo convirtió en seguida en una de las grandes figuras de la cátedra.

Como todo el que actúa y actúa de prisa, forzando el tiempo, Alberini ha dejado en el camino muchedumbre de enemigos. Y no hay como el enemigo para dar en el blanco cuando se trata de señalar defectos. Alberini los tiene, como todo hombre, y sus enemigos los han señalado con malignidad. Pero ninguno ha podido atacarlo como profesor. Todos han tenido que rendirse ante su palabra brillante, algunas veces cáustica y siempre grávida de doctrina.

Un día Alberini llegó al decanato de la Facultad, donde había pasado la mitad de su vida, donde había escalado todos los peldaños, desde tinterillo a profesor eminente; de la Facultad que quería como a una novia, y que estaba, desde hacia una década, *alberinizada*, impregnada de sus aciertos y de sus errores, pues intervino activamente en sus planes de estudio y en la formación de su profesorado, unas veces como asesor oficioso y otras como consejero. Y fué decano después de Ricardo Rojas, lo que era una prueba de fuego.

Aleazó el decanato por voluntad de profesores y alumnos. Muchos de los que votamos al viejo amigo y al condiscípulo talentoso, contemplamos un poco retraídos y doloridos, la lucha agria que precedió a su ascensión. Pero la culpa no es de los hombres sino del mecanismo, pues en todas las Facultades las elecciones han sembrado enconos y azuzado bajas pasiones. La culpa es del aspecto electoral de la Reforma que, como se ha dicho cien veces, ha llevado a los claustros universitarios, junto con una brisa fresca, pamperina y barredora, ráfagas malolientes de comité.

La brevedad de su decanato, acertado, como es sabido, por su viaje al extranjero en misión oficial, no le permitió a Alberini hacer todo lo que pensaba, ni es fácil hacer siempre todo lo que se piensa.

Sin embargo, no se durmió sobre su poltrona. No es éste momento propicio para intentar un balance de su decanato y sería redundancia después de lo que el mismo Alberini ha escrito.

Todos sabemos que por iniciativa suya, se exhumó de la cripta en que yacía casi ignorado, el Museo etnográfico, con lo que la ciudad ganó un instrumento más de cultura. Todos sabemos que al traslado del museo, siguieron en nuestro viejo edificio reformas que lo adecentaron e hicieron más habitable. Y todos sabemos que las reformas no pararon en ésto: en derribar tabiques, en sacudir telarañas, y en pegar en los muros papeles vistosos; que hubo también una reforma de más profunda repercusión, la reforma del plan de estudios acentuando el carácter humanista y filosófico de la carrera. Demasiado griego, demasiado latín, se dice por ahí. Tal vez, pero en algún sitio del país hay que estudiar estas cosas, para que no se nos tilde de bárbaros. Y ya que se estudian, hay que hacerlo a fondo, no rozando la superficie como hasta ahora.

Alberini puede retirarse contento. Durante su decanato se ha trabajado en paz. Los profesores, adictos o no a su persona, han podido desenvolverse con entera libertad. Y la masa estudiantil no ha tenido para el decano Alberini ninguna de esas estridencias bochornosas de otras épocas.

Viejo amigo Alberini: puedes reanudar tu eficaz y multiplicada actividad docente.

Y ahora, un voto. Falta algo para que tu personalidad vigorosa corra mundo: faltan tus libros. Urge que esas abejas áticas que salen de tus labios y que han inquietado los espíritus de toda una generación, se posen en las páginas del libro y traspongan las fronteras de la patria.

No te preocupe el haber dejado inconcluso por falta de tiempo, el programa trazado, porque el decanato ha caído, por feliz designio del destino, en el hombre que hacía falta, para dar cima a ese programa, en Emilio Ravnani, quien será en el gobierno de la casa *the right man in the right place*.

Aquel muchacho rubicundo que viera hace 17 años revolviendo papeles en la secretaría de la Facultad, escondía las garras de un conquistador.

Como Alberini, Ravnani es hijo de su esfuerzo. Detrás de su inteligencia clara y rápida, vigilaba alerta una voluntad indomable. Con estos atributos, las pequeñas barreras que detienen a los pusilánimes, para él no existieron. Saltó sobre ellas como un gimnasta. Su vitalidad desbordante le transmitió el placer deportivo de la lucha y alimentó su inquietud y lo arrastró a las actividades más heterogéneas.

Abogado recién recibido, picaba pleitos y, al mismo tiempo, explotaba una granja. Luego la cátedra comenzó a absorber sus horas. Y que no es para él un

pasatiempo ni una canongía lo prueban sus seminarios y sus lecciones de derecho constitucional, recogidas en gruesos volúmenes por sus propios alumnos.

Su comercio con la Facultad de filosofía y letras, de la que fué alumno distinguido, despertó en él la afición a las investigaciones históricas y lo llevó a la dirección de nuestro Instituto. Carezco de competencia para juzgar la obra de este departamento de la Facultad, pero sí puedo decir que con harta frecuencia debo aumentar los anaques de mi biblioteca para dar cabida a las nutridas publicaciones del Instituto. No es, pues, el Instituto una repartición burocrática como tantas, sino un taller de trabajo sin holganza y que ha tomado el ritmo acelerado que le ha transmitido su director.

Este hombre multiple, cargó luego con una función delicada y absorbente: la Secretaría de hacienda de la municipalidad y todos sabemos con qué pujanza y ligereza hizo marchar el pesado armatoste.

Desde mi refugio tranquilo y silencioso, contemplaba el espectáculo que era Ravignani. Y admiraba su lección de energía confinante con el milagro.

¿Cuándo descansa este hombre? Es, sin duda, una naturaleza excepcional o, mejor, una fuerza de la naturaleza. Como los ríos, encuentra su descanso en su propia actividad.

A este hombre-motor hemos entregado las riendas de la Facultad. Es el hombre de acción que la Facultad necesitaba para que nuestro edificio pasase de los planos a los ladrillos, como él mismo lo ha dicho.

Y calza el decanato en la edad más propicia para hacer obra intensa y duradera: es lo bastante joven para trabajar con optimismo juvenil; y es lo bastante maduro para sobreponerse a las pasiones y contemplar hombres y acontecimientos con tolerancia filosófica.

Viejo amigo Ravignani: has llegado sin lucha, sin agravios, sin enconos, con paz en el corazón. Por eso hacemos votos — creo interpretar el sentir de los amigos — porque consigas que también se cierne sobre nuestra querida Facultad «el espíritu de Locarno» y concluyan profesores y estudiantes por olvidar sus resquemores, sus pequeñas heridas, a fin de que podamos, todos unidos, alta la puetería, trabajar desde nuestro rincón en pro de la cultura superior del país.

El centenario de Goya

Es de todos bien conocido el entusiasmo con que nuestras instituciones intelectuales más representativas se adhirieron, desde un principio, a los festejos del centenario goyesco.